

# GEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 25 DE MAYO DE 1905

NUM. 496



## EL LEÓN ESPELUZADO (SUCESO MUY COMENTADO)

GEDEÓN, CON CIERTA ESCAMA.—¡CARÁPILIS! ¡EL LEÓN CON LA MELENA ERIZADA Y LOS OJOS FUERA DE LAS ÓRBITAS!...  
EL LEÓN, CON MÁS ESCAMA HOY.—¿CÓMO QUIERE USTED QUE ME PONGA CON LAS CARTITAS QUE ME ESTOY  
TRAGANDO ESTOS DÍAS?

# JUEVES DE GEDEÓN



Gedeón, qué estupenda, qué maravillosa noticia!

—Suéltala pronto, Calínez.

—¡Ya tenemos escuadra!

—¿Qué dice?

—Y no así como se quiera, sino una de las mejores escuadras de Europa.

—¿Pero te has vuelto loco, amigo mío?

—Cuerdo y muy cuerdo estoy, más cuerdo que García Alix, y te repito que tenemos una de las mejores escuadras europeas.

—Bueno, bueno; dime siquiera de dónde han salido esos millones.

—¿Qué millones?

—Los necesarios para construir la escuadra.

—Nada de millones. Ni un perro chico.

—¡Es asombroso! ¿Y dónde hemos hecho los barcos?

—No los hemos hecho.

—¿Tú pretendes burlarte de mí, Calínez?

—No me burlo.

—Entonces, ¿cómo se ha realizado el milagro?

—Del modo más hábil y más sencillo. ¡Si lo que sale de la cabeza de Villaverde!...

—Salía. Ahora sale de la de García Alix.

—Bien; pues lo que sale de la cabeza de García Alix le deja turulato a cualquiera. Hemos nombrado almirante honorario de la Armada española al rey de Inglaterra.

—¿Honorario? ¡Naturalmente! ¿Y qué?

—¿Te parece poco? Pues con ese nombramiento ya nos hemos ganado una escuadra de primer orden.

—¿Qué escuadra?

—La que él nos mande.

—¿Pero nos va a mandar una escuadra?

—¿Quién lo duda? ¡Si no, para qué le habríamos nombrado almirante? Todos los almirantes del mundo mandan escuadras. Supongo yo que S. M. Británica no será menos que sus colegas, y el día menos pensado vemos aparecer en las rías gallegas la poderosa escuadra mandada por nuestro nuevo almirante, que tanta falta nos estaba haciendo. Y entonces, que se metan con nosotros las grandes ó las chicas Potencias. ¡Vaya un palizón que les daremos!

—¡Abrazame, Calínez; esa noticia maravillosa enciende mi alma en júbilo patriótico! ¡Sin gastar un cuarto, sin despertar del sueño a nuestros Arsenales, hasta con Cobián en Canarias dándoles su apellido a los habitantes de aquellas felices islas... es realmente admirable! No, no son tan malos nuestros gobernantes como los rotativos les pintan. No diré yo que siempre tengan grandes acier-

tos, pero cuando aciertan rematan. ¿Y cómo se les ocurrió ese dichosísimo nombramiento?

—Verás tú: el rey de Inglaterra nombró al de España generalísimo de su ejército terrestre, que es lo peorcito que tiene como organización y número en su reino. Y fué Villaverde y dijo: pues a nosotros no nos ganas tú en generosidad, y te nombramos almirante honorario de una Armada que apenas poseemos.

—¿Qué lucha de desprendimientos internacionales!

—Que es como si yo, Gedeón, te nombro *chauffeur* de un automóvil descompuesto, y tú me nombras a mí propietario de una casa que no tienes.

—Pues si así empieza el cambio de grandes favores entre Inglaterra y España, ¿qué ventajas no sacará nuestra nación de su poderosa amiga cuando se realicen los acontecimientos a los cuales se refería Romero Robledo en la epístola de San Pablo que leyó?

—¡Inmensas!

—Tiemblo ya por las rías gallegas. Nos las evangelizan del todo.

—Ya se guardarán muy bien mientras viva Casañas.

—¿Casañas? Eso me suena.

—Sí, hombre, un periodista de cuerpo entero.

—¿Cómo periodista? ¿No es obispo?

—Obispo-periodista; todas las cartas que recibe las publica en su periódico. Bien sabes que ese es el ideal de la Prensa moderna. Nada de secreto epistolar; el público debe enterarse de todo.

—¿Y confiesa también?

—Supongo que sí.

—¿Qué ameno debe de ser su periódico! Hoy mismo encargaré a Barcelona que me suscriban a él.

—Espera un poco, porque, según rumores, van a trasladar a Casañas a la diócesis de Valencia.

—¡Caramba con la diócesis de Valencia, qué suerte tiene! Los prelados más simpáticos, tolerantes y correctitos van a parar a ella. Antes Nozaleda, ahora Casañas. Lo malo es que a lo mejor se quedan en el camino, como Garibaldi.

—Sí, amigo mío, hemos pensado que un cardenal como Casañas debe de ser, por lo menos, arzobispo, y como la única archidiócesis vacante es la de Valencia...

—¡Ah, ya! Casañas va a Valencia por cardenal.

—No, Gedeón; por los cardenales que ha hecho.

—Lo mismo da, todo es Sacro Colegio.

—El que no va ya a ninguna parte es nuestro querido D. Raimundo.

—¿Pero antes iba?

—Sí, por lo menos pensaba ir a París y a Londres, pero ha desistido definitivamente de su viaje.

—¿Y la Musa de la Alimentación, que le esperaba en pleno mercado parisiense con los brazos abiertos?

—Tienes razón, ¡pobre Musa! ¡El Apolo de la Alimentación le desaira! ¡Llorará amargamente patatas fritas!

—Pero, ¿por qué no se va Villaverde?

—Porque está muy ocupado, y harto sabes que cuando Villaverde está muy ocupado, no puede irse por muchos esfuerzos que haga. Además, ya te dije el jueves pasado que no pronuncia.

—Entonces, ¿qué hace ese hombre? No se va, no gobierna, no pronuncia... ¿Y para eso tiene tanta cabeza?

—¡Ah, Calínez; importantes deberes de Gobierno le retienen en Madrid! Piensa largarnos una Memoria.

—¿Cómo cambian los tiempos! Antes eran las memorias de los que se iban, no de los que se quedaban.

—Y antes también la memoria era el talento de los incapaces, y ahora lo es de los presidentes del Consejo de Ministros.

—¿Y qué nos va a decir en su Memoria que no sepamos ya?

—Pues puede decirnos: «¡Memorias a la peseta!»

—También eso lo sabíamos desde que comenzó a sanearla.

—Yo creo, Gedeón, que alguna otra causa habrá para su desistimiento del viaje. Tal vez le hayan impresionado extraordinariamente los sucesos de Baracaldo.

—¿Qué ocurre en Baracaldo?

—Que a los inquilinos les ponen los trastos en la calle. Tendrá miedo de encontrarse repentinamente con sus ministros en medio del arroyo.

—Puede.

—Parece que Maura anda estos días de desahuciador.

—¡Cielos! No ha nacido para otra cosa.

—¡Todo el Gobierno es ya Baracaldo!

—Mucho me aflige cuanto sucede, Calínez. Pero, dime, por nuestra antigua y buena amistad: si Villaverde no acompaña al Rey en ese viaje, que se supone tan importante para los futuros destinos de España, ¿qué representante del Gobierno responsable va con él?

—Villaurrutia.

—Pero ese no es un ministro para ir a cosas trascendentales, sino para ir al tiro de pichón.

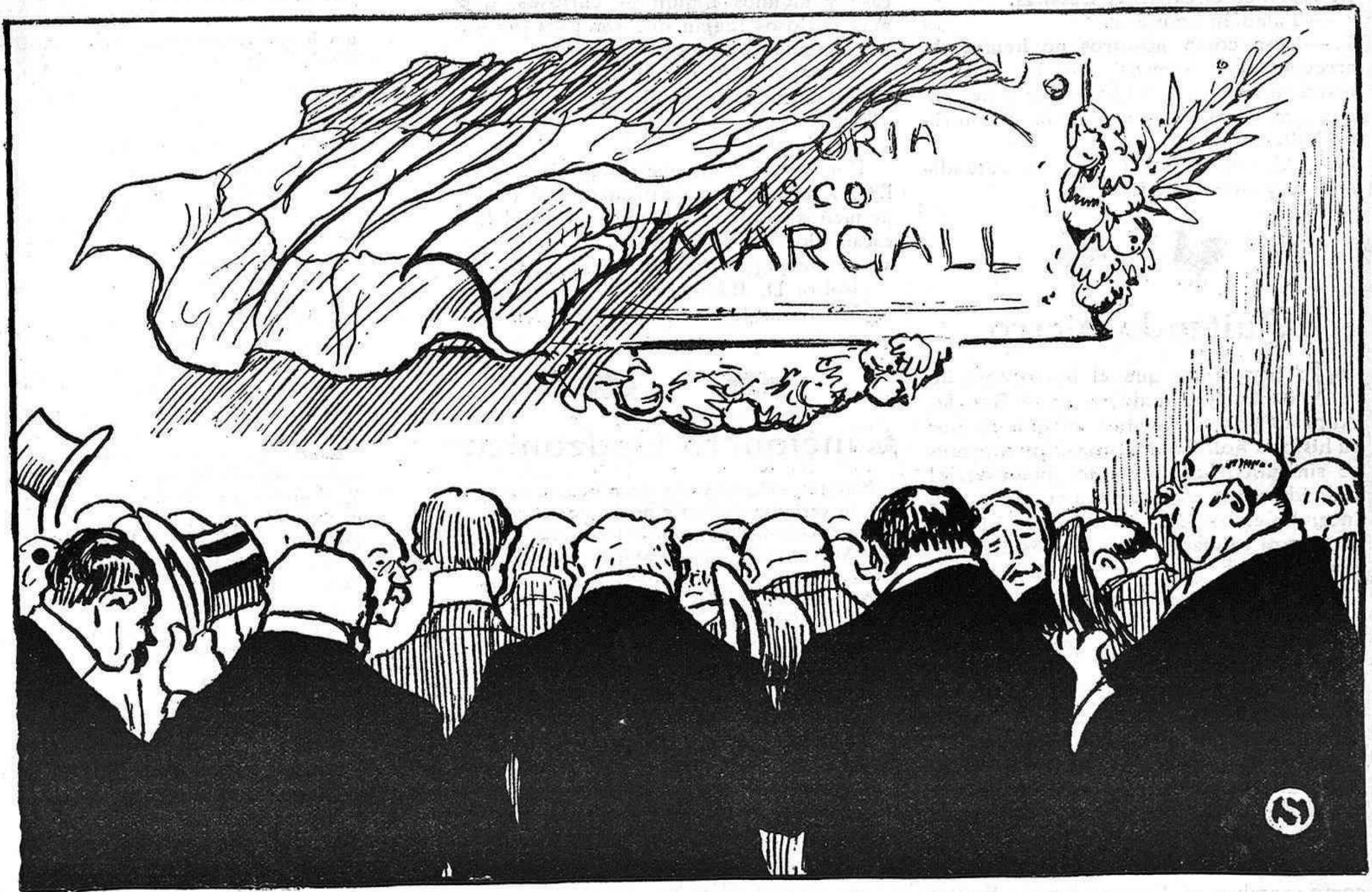
—¡Hombre, no; sabe muchas lenguas!

—Bueno, podrá decir ¡pájaro! en todas ellas.

—A mí me parece que basta con eso en una monarquía constitucional.

—Tal vez tengas razón. En fin, con Villaurrutia y la escuadra que nos ha de mandar Eduardo VII, creo yo que no haremos tan mal papel en Europa, aunque se quede en Madrid Villaverde. ¡Lástima que no forme parte de la expedición García Alix! Amenizaría mucho.

GOBIERNO LAPIDARIO



LA LAPIDA QUE NO SE HA PERMITIDO DESCUBRIR EN MADRID!



LA QUE SE HA DESCUBIERTO EN BARCELONA

—Sí que es lástima.

—También podría ir de corresponsal periodístico el cardenal Casañas.

—También podría ir.

—Pero como nosotros no hemos de arreglar estos asuntos, que los que se marchen vuelvan con bien y que á los que nos quedamos nos sea leve la Memoria de Villaverde.

—¡Más leves son todavía su entendimiento y su voluntad!



## Quitando hierro

No negaremos que el brazo derecho de D. Raimundo, ú sésase Besada, Augusto por su nombre aunque no por su historia política, nos es extremadamente simpático, como nos lo puede ser el individuo que ante cualquier conato de incendio en un teatro se adelanta á la batería para calmar á los inquietos espectadores y dice: «Respetable público: calma, ante todo calma; lo ocurrido no es más que un ligero accidente sin consecuencias. Calma, pues, y que siga la representación.»

Y el público se tranquiliza.

Algo parecido manifestó á los periodistas el joven ministro la otra tarde.

Lo de Barcelona, una tontería, nada: un *lunch* para conmemorar la independencia de Cuba, dos brindis afectuosos, cuatro banderas

*que se agitan sin cesar,*

como cantaban en *La gran vía*, de Felipe Pérez, la única que hasta ahora tenemos, y como consecuencia del *lunch*, un pequeño *asiento* catalanista.

Resumen, como dice el propio cosechero de Gobernación, un *pequeño alboroto*. Si algo resultase, con pasar el tanto de *mea culpa* á los Tribunales, en paz.

Y siguen las explicaciones.

Lo de Zaragoza tampoco tuvo la menor importancia. Cree el Sr. González Besada que el gobernador habrá procedido en un todo de acuerdo con el arzobispo y el alcalde.

Total, y también según el ministro, un *pequeño alboroto*.

Por último, haciendo referencia á la conducta de los republicanos al negarse á descubrir la lápida colocada en la casa que habitó el ilustre Pi y Margall, dijo que el Gobierno había sido consecuente prohibiendo la manifestación, como ya, adoptando idéntico criterio, había prohibido la que anteriormente trataron de realizar los obreros una tarde.

Todo con el fútil pretexto de que el tránsito público no debe ser interrumpido.

Y consecuencia de esta declaración y sin duda para que el tránsito no se embarazase, mandó el gobernador el día del homenaje á Pi y Margall buen alarde de guardia civil y urbana, que es precisamente lo que más embaraza á los transeúntes.

¡Ah, si en vez de descubrir una lápida en honor de Pi, lo es en holocausto de Vadillo, Azcárraga ó Tejada de Valdósera! Otra hubiera sido la conducta de nuestro formidable Poncio. Por más que en este último caso, no hubiera habido

conflicto ninguno. Se hubiera descubierto con asistencia de los porteros de la casa y algunos inquilinos curiosos, que muy curiosos tenían que ser para perder tan lamentablemente el tiempo.

En suma: lo de la lápida, para Besada, tampoco hubiera pasado de un *pequeño alboroto*.

Así da gusto.

Por eso creemos que un Gobierno que llega á las Cortes ya entrenado por varios pequeños alborotos, llegue al formidable escándalo apenas D. Raimundo balbucee sus primeras palabras desde el banco azul.

¡Pobre D. Raimundo!

¡Ya hasta los alborotos le salen pequeños!



## Cancionero Gedeónico

Nuestro amigo Moret (Don Segismundo), con su verbo magnífico y profundo nos dió hace noches singular placer... Del Ateneo en el sagrado asilo puso el ejemplo del moderno Nilo, que ofreció á nuestros genios del Poder.

Yo del Egipto, al iniciarse el tema, pensé que iba á evocarnos el poema de su santa y gloriosa antigüedad, ó á enfrascarse en amables descripciones, ó á cantar de los viejos Faraones la virtud, el honor, la majestad.

Sobre los olvidados jeroglíficos, párrafos sorprendentes y magníficos de su discurso me dispuse á oír, y hasta esperé que hubiera presentado diversas momias en perfecto estado y acabadas también de descubrir.

Me equivoqué, pues paternal y tierno, mostró el Egipto próspero, moderno, sucursal admirable del Edén... Riega el Nilo sus campos y sus valles, corre también el oro por las calles, y hay paz, ventura y alegría... ¡Bien!

¡Pueblo feliz á quien bendice el cielo, que España ha de elegir como modelo si al cabo se decide á prosperar!... Porque, aunque matan la humedad y el frío todo pueblo que vive junto á un río, si usa sus aguas se podrá salvar.

Como acude la tórtola al reclamo, así acudió, para mostrar su *ramo*, gentil, verboso y triunfador Gasset; y ofreció, si le llevan al Gobierno, regar este país, que no es moderno, como el Egipto que cantó Moret.

No me parece mal que se nos riegue, pues con el riego es fácil que nos llegue la próxima fecunda juventud... Pero Don Segis se olvidó en su encomio de que un tranquilo y suculento momio dió al pueblo de las momias la salud.

Se alzó el Egipto, se transforma y vive; pero, un poco escamado, ve el Khedive que crece más que el pueblo el interés... Hoy, rondando las márgenes del Nilo, vela un sagaz y enorme cocodrilo que llora y mama y que responde «¡yes!»



Como es cierto, por desgracia, que todos andamos mal, tenemos constantemente motivos de protestar. No pasa un día sin mitin, y algunos hay dos ó más, conquie pronto España entera

va á ser un Frontón Central. El mitin más importante y el de mayor novedad fué el mitin contra la tisis que hemos tenido en el Real. Con vale de favor fuimos, como era muy natural, pues para aplaudir discursos no era cosa de pagar... ¡Con vale de favor! ¡Gratis! ¡La costumbre es nacional! ¡Estuvo contra la tisis el tífus en libertad! El mitin fué de primera solemne, dicho se está: médicos, hombres políticos, el director de un *journal*, un ministro... ¡Todos ellos me hicieron entusiasmar! Y como sé que se aprestan á una campaña eficaz contra el terrible bacilo que nos quiere reventar, empiezo á cantar su triunfo, que en seguida lograrán. Ya registro el resultado de su sesión inicial, porque el bacilo indecente se puso en ella á temblar... Diez oradores fogosos le atacaron sin piedad... ¿Quién resiste diez discursos? ¡Vaya un ataque mortal!



¿Conque unos catalanistas dan público testimonio de que son separatistas, siendo sólo mamarrachos?... ¡Qué demonio! ¡Qué demonio de muchachos!

Si eso es sincero, no es justo. ¿De independientes se ensayan? ¡Necios!... Si no están á gusto, la solución es sencilla... ¡Que se vayan... donde fué el padre Padilla!

Y como aquí no esperamos que ese consejo aprovechen, mejor es que despidamos á esos fecundos talentos... ¡Que los echen para que queden contentos!



De nuevo el pobre San Luis se entrega á cosas ingratas... ¿No ves que todo el país se burla de tus bravatas? Yo compadezco, á fe mía, tu funesta inclinación... ¡Hombre, que no pasa un día sin que metas el bastón!



## ¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Por qué, ocupados con esas cosas del *Quijote*, hemos de olvidar á los novelistas malos, á esos simpáticos y excelentes novelistas malos que con sus extrañas ocurrencias contribuyen á amenizar nuestra vida y á hacernos olvidar á Villaverde y á González Besada?

Usted está muy preocupado con eso de la carta famosa, ¿verdad? Pues nada, agarrá usted el *Epistolario* de D. Federico



**DON SIMPLICIO NOZALED A, ETC.**

DON SIMPLICIO.—EN VISTA DE QUE DOÑA LEONOR NO ME QUIERE, RENUNCIO GENEROSAMENTE A LA MANO DE VALENCIA, Y ACEPTO LA CÓNGRUA QUE SE ME OFRECE.  
GEDEÓN, AL PAÑO.—¡VAYA USTED CON DIOS, «CONGRUO»!

Santander, é ipso facto se le quitan todas las pesadumbres.

¿Hay nada tan disparatadamente gracioso como las cartas de la marquesa de Valzegri al autor, al preinserto D. Federico Santander, que es, si no miente el retrato, un gracioso parvulillo que en su vida ha leído ni oído leer cartas de mujeres, á no ser las que alguna parienta de carácter anciano le haya escrito al colegio ó jesuitera de donde acaba de salir, según presumimos, la tal criatura?

Veán ustedes cómo cree el joven Santander que escriben las señoritas de alto copete á sus amigas:

«De María Luisa Nebreda á Emma Robledales.

»My dearest friend: ¿Acaso no eres la más querida de todas mis amigas?

»Que por tal te reputo, lo dice esta carta, escrita al día siguiente de llegar á Madrid, y no repuesta de las fatigas del viaje.

»¿Qué viaje, my dear Emma, qué viaje!

»Salí del colegio el 7 del presente; conservaré en mi memoria tal fecha, como conservo la de mi primera comunión. No puedes figurarte mi rabiosa impaciencia por salir de aquel encierro; yo no era como tú, bonachona, resignada, bien avenida con una reclusión siempre pesada y, desde hace algún tiempo, insoportable.»

Etcétera, etc., etc.

Claro está que si existieran señoritas como la que el Sr. Santander supone aurora de esa carta, sería cosa de salir arreando para otros climas por no morir de tedio al considerar tanta cursilería resumida en tan pocos renglones.

No, simpático Sr. Santander, las chicas no son así, ni hablan ni escriben así en ninguna parte más que en las novelucas de cursiva.

Si quiere convencerse, Sr. Santander, pregúnteselo á su vecino el Sr. Sardine-ro ó á su rival San Sebastián.

My dearest, Sr. Santander, *water closet* es decir que su novelita *Epistolario* es muy mala, y que si no sabe hacerlo mejor, debe usted romper inmediatamente la pluma y dedicarse á otras cosas, porque ya dijo el genio aquello de *Santander's labours lost*, que dicho en romance, significa: «Santander ha malparido, trabajo perdido».

Pero no se apure por eso, que al lado tenemos en la mesa otra novela titulada *En marcha*, y original de D. Luis Salado, la cual obra pudiera comprometer muy seriamente el triunfo del Sr. Santander en un concurso de novelas insignificantes y vulgarotas.

¿Quién es entre todos los novelistas españoles el másroso? El Sr. Salado, sin duda alguna.

Reconozcamos, no obstante, que en punto á escribir mal, Salado no llega á Santander.

Se queda en Venta de Baños.

Salado es correcto, castizo, y además no parece protegido por los PP. de la Compañía Trasatlántica.

Algo es algo, Sr. Salado.

Verdad es que Salado suele usar y abusar de la frase hecha, con verdadera delectación, con íntimo regodeo. Hay páginas enteras de *En marcha*, que podrían ser utilísimas para la sección recreativa de cualquier semanario; páginas en que

sobreabundan, como decimos ahora, los modismos vulgares, las frases de cajón, las camelancias de menor cuantía; pero quedemos ya en que Salado escribe mejor que Santander.

Y quedemos asimismo en que tampoco se ve la probabilidad de que ni por Salado ni por Santander llegue hasta nosotros la ansiada regeneración.

Con Salado y Santander novelistas, y con Grilo á las puertas de la Academia, y con la peseta sin sanear, y sin nada y con las cartas que se debían perder y no se pierden, ¡vaya un pelo que vamos á echar, caballeros!

Y menos mal que para consolarnos tenemos ahí los dibujos que R. Marín ha añadido á *La tristeza del Quijote*, de Martínez Sierra.

¡Caballeros, qué dibujos!

Yo, amigo Marín, no entiendo nada de eso, por lo cual me atreveré á arriesgar una humilde opinión que, reconocida mi incompetencia, no le debe molestar á usted lo más mínimo.

Yo, amigo Marín, he visto esos dibujos, y diga lo que guste Martínez Sierra, me parecen una verdadera guasa, una coba, ó si se quiere una *jonjana*.

Yo creo, amigo Marín, que usted es un humorista verdaderamente temible, de aquéllos, como Mark Twain, que no se sabe cuándo proceden con seriedad y cuándo se *canean* del público.

En fin, esos dibujos, por una parte me parecen más salados que el Sr. Salado, y por otra parte más Santanderes que el propio D. Federico.

Y ¡siga la diversión!



## ¡Ne parle français!

MONÓLOGO

Don Raimundo llega malhumorado á la Presidencia y le dice al portero:

No estoy para nadie, absolutamente para nadie. Si viene Vadillo, que me espere á la puerta de mi casa ó que haga tiempo en las Cuarenta Horas; si pregunta Augusto, que se entretenga con los evangélicos ó que eche un tute con San Luis ahí en el vestíbulo. (*El portero se inclina reverentemente, abre la mampara; D. Raimundo entra resoplando, abre un cajón de su mesa, saca un Manual y se desploma sobre una butaca.*)

¡Vamos á ver! ¡Cuidado que soy torpe! Je suis bien aisé: yo estoy muy satisfecho. Así empezaría mi discurso en París. Nous ne serons pas si impolis: nosotros no seremos descorteses. Tampoco está mal este principio. Saisissons l'occasion: aprovechemos la ocasión. Je ne m'en serais pas douté: yo no lo habría pensado jamás... Bueno, pues de ahí no salgo hace quince días... Vamos, es cosa que me indigna. ¡Esto de que Villaurrutia, esa especie de Caballero de la Triste Figura diplomática, maneje con tanto desahogo tres lenguas y yo no pueda valerme de la mía para nada, es irritante! ¡Así le estiman tanto las señoras! ¡El hombre de las tres lenguas! ¡Si parece un título de Paul de Kock! Pero yo me daría por muy contento con poderles decir á las francesas que me gustan de tres maneras.

Dirían: «¡Oh, este Villaverde, qué repertorio tan galante tiene!» Pues, y si Rouvier me pregunta en francés por la peseta, ¿qué le voy á decir?... A ver, á ver el Manual... Cela ne vaut pas la peine d'en parler: no vale la pena de que se hable de esto. O también: Cela est bien facheux: eso es cosa muy desagradable. Todavía, si en París se comprometieran á no preguntarme nada más que lo que dice este librito, aún podía salir airoso; pero cualquiera entabla una conversación con arreglo al siguiente formulario: «Iremos á dar un paseo.» «Vamos al Parque.» «Tomemos á su hermano de usted.» «El Sr. B\*\*\* está en casa.» «Acérquese, tengo que decirle un secreto.» Porque pueden suceder varias cosas: que Rouvier no quiera ir al Parque, que no le parezca bien tomar á su hermano como si fuese un coche de punto, que el Sr. B\*\*\* esté fuera y que no tenga que decirme nada en secreto. ¡Es horrible, horrible! (*Tira el Manual con desesperación.*) ¡Es vergonzoso que hasta los mozos de las estaciones hablen en Francia el francés de corrido, y que todo un Presidente como yo no sepa decir «il va pleuvoir», es desesperante! Por supuesto, ¡cómo iba yo á esperar que llegase un día en que Loubet me aguardase con tanto interés! Después de todo, ninguno de mis antepasados en la Presidencia ha tenido ese honor. ¡Ahí está Azcárraga! ¿Quién le conoce? ¡Ugarte, nada más! ¡Tan bien como yo hubiese caído en los boulevares! ¡Qué pasiones hubiera engendrado! ¡Cuántas francesillas habrían perdido la razón! Porque, modestia aparte, me echo á reñir con cualquier presidente del Consejo en figura, tipo y caída de ojos.

Y es tal el furor que el anuncio de mi visita ha despertado, que, según me escribe León y Castillo, hay ya sombreros Villaverde, corbatas Villaverde, postales Villaverde y hasta objetos de goma Villaverde. No se apure, me dice León; no tiene usted necesidad de hablar. Entre Villaurrutia y yo le torearemos á usted al alimón los discursos. Usted, con tres ¡vivas! á tiempo, está salvado. A usted le sacaremos al final de los actos. Pero no, no puedo hacer una mala figura después de mis últimos éxitos: convaleciente ya la moneda, publicada la carta del obispo de Barcelona, abiertas las Cortes, descubierta por mi iniciativa y con la ostentación que se merece la lápida de Pi, los francos á la par, el centro autonomista de Barcelona funcionando. No; yo debo sacrificarme, quedarme en casa, hacer una buena Memoria de mis brillantes actos de gobernante y tomar un profesor de francés que me ponga la lengua en condiciones. Decididamente me quedo en casa, aunque me llamen Cachupín los mauristas. Vaya; je vais me coucher et tâcher de dormir.

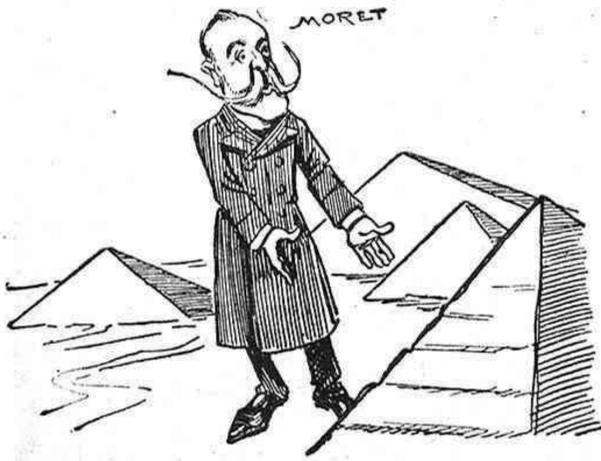


... y armas al hombro

Pues, señor, D. Segis, convencido de que no hay manera posible de llegar á presidente del Consejo, fué y cogió el

otro día... y descubrió las pirámides de Egipto.

«Desde lo alto de estas pirámides, vino á decir á su auditorio, parodiando



la frase napoleónica, cuatrocientos mil cesantes liberales os contemplan.»

Habló luego del Nilo y de sus avenidas, y ¡cómo estaría que ni siquiera se dió por aludido nuestro excelente amigo don Nilo Fabra!

Todos salimos muy convencidos de que, en efecto, la regeneración y la prosperidad de España es un asunto de avenidas periódicas y de las otras.

Por desgracia, hace mucho tiempo que en el ministerio de Agricultura se fijó el consabido cartel:

SE PROHIBE HACER AGUAS MAYORES Y MENORES EN ESTE SITIO

Así está el marqués de Vadillo, que, tímido por naturaleza, no las hace ni mínimas.

Por lo demás, para ser felices por medio de la hidroterapia, no tenemos que hacer gran cosa.

Imitar á los egipcios, que han encauzado el Nilo, etc., etc.

Para lo cual no hay más que un pequeño inconveniente.

Que aquí no tenemos más Nilo que el susodicho D. Nilo Fabra, poeta lírico, el cual no se va á dejar canalizar, naturalmente.

Y luego, que estos poetas líricos suelen quedarse en seco durante el estiaje.

De todos modos, ya se ve claro lo que dijo Cánovas y repitió Frascuelo, según las cajas de cerillas: «que nuestro porvenir está en Africa.»

Hoy un hombre político nos dice: «Imitad á los egipcios en esto de la regeneración.»

Mañana, otro nos dirá: «Tomad ejemplo de los etiopes, de los botocudos ó de los cimbebas...»

Y nos haremos mauristas para siempre.

Por lo pronto, de la Constitución del Estado vamos haciendo ya un uso semejante al que haría un jefe de mata-



beles si le entregaran ese precioso y malogrado Código fundamental.

Dígalo, si no, el cardenal Casañas. A su Eminencia le molestaba el famoso artículo 11.

Y ¿qué ha hecho? Ha agarrado el báculo y ha convertido el 11 en 7.

Pero eso es lo que menos les importa á estos Gobiernos tan fuertes y sólidos que ahora gastamos.

Ya se sabe que en Barcelona pasan muchas cosas que aquí no podríamos ni conjeturar siquiera.

Eso de la Constitución no se ha hecho para la ciudad condal.

Aquí reparamos mucho más en pelillos: somos unos melindrosos, unos reparones.

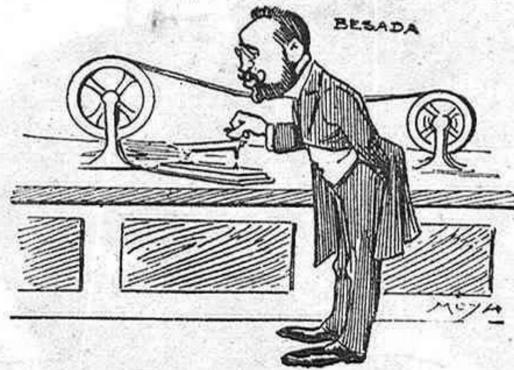
«Mire, decía un orfeonista ó cosa así días pasados, yo no comprendo cómo les agrada ese Madrid. A Madrid, ve vostet una noya que gasta un... *sapatito* como este dedo mío miñique, y sólo el mirarla le cuesta á vostet *sinco* duros, mientras que allí, á *Barselona*, por dos ú tres pesetas va vostet toda la tarde acompañat de una muguer con cada... bota como el castillo de Montjuich...»

Y tenía razón el orfeonista, ó lo que fuere.

Se gastan medidas muy distintas allí y acá.

Dígalo González Besada.

Le llaman por teléfono para decirle que en la calle del Conde de Aranda hay unos señores muy correctos y finos intentando descubrir una lápida... y da orden para evitar tan horrendo espectáculo.



Pero se agarra al telégrafo de Barcelona y le dicen que ha habido una reunión separatista con cada *morra* á *Espanya* como las botas de la noya de antes... y le parece la cosa más natural del mundo.

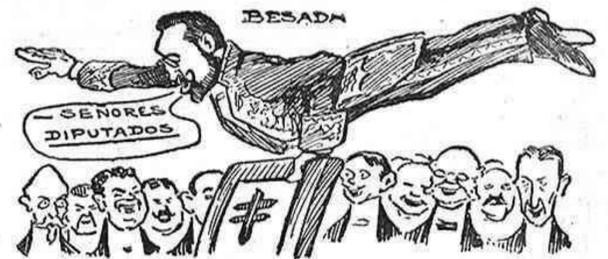
De modo, que si Pi y Margall hubiera sido, en vez de un catalán ilustre, un catalanista energúmeno, se descubre solemnemente la lápida, asiste el Gobierno y hasta González Besada ejecuta una de sus más aplaudidas planchas para solazar á los asistentes.

Porque bueno es saber que el tal González es tan González como su compañero García Alix es García, dicho sea sin ofender á los infinitos Gonzálezes y Garcíaes respetables que conocemos.

¡Qué bella plancha la de G. Besada en la función antituberculosa del Real! Señores *diputados*..., dijo, seguro de que no se le va á presentar ocasión de decirlo en el Congreso.

Porque antes de llegar al *dipu*... ya le han doblado en votación nominal ú ordinaria.

La verdad, señores, que nada tan ri-



dículo como la situación de los villaverdistas.

Es decir, más ridícula es la de los liberales.

Estos son como el novio del cuento. Les están diciendo: «La puerta está entornada, en Gobernación González Besada, los demás ministros en misa y yo estoy en camisa.»

Y todavía dicen los liberales: «¡Malditos sean los *inconvinientes*!»

Para que no fueran todas las planchas en la función del Real á cargo de un solo individuo, también se presentó en escena Sánchez Guerra, que hacía allí la misma falta que los perros en misa.

«¿Qué doctor será éste?» preguntaban algunos espectadores, que ya habían oído á los doctores Cajal, Jimeno, etc., llamados por su oficio á tomar allí la palabra.

Y un abonado del Paraíso, que había ido para no perder la costumbre, dijo sin vacilar, señalando á Sánchez Guerra:

«¿Ese? Ese es el *dottore Bartolo*, del *Barbero*.»



Y luego añadió muy convencido: «Me gusta esta ópera de la tuberculosis, porque es de las antiguas: con bajo ó Besada cómico y caricato.»

Ha penetrado en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el eminente obeso D. Felipe Sánchez Román.

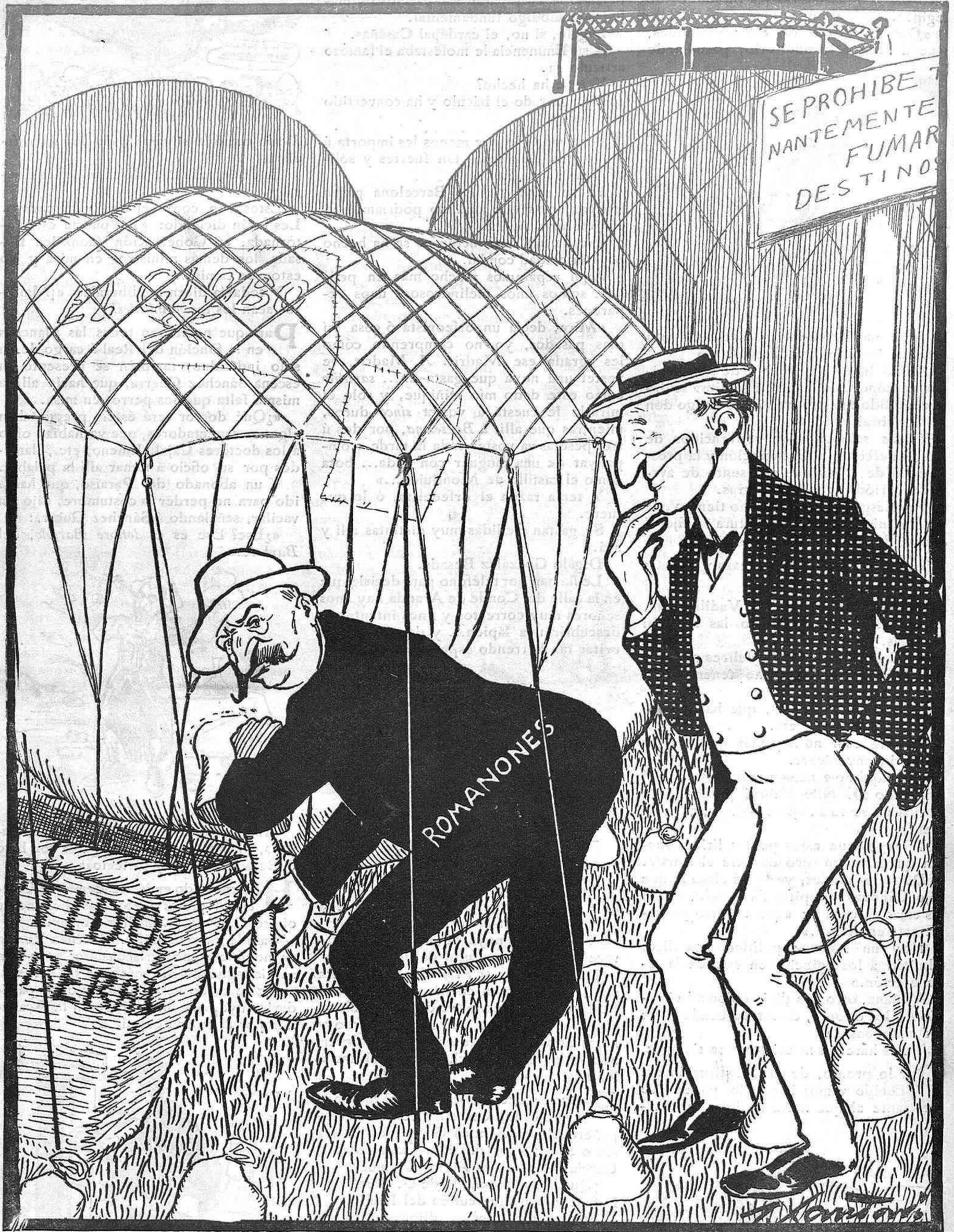
Sabido es que el Sr. Sánchez Román es notable como jurisconsulto; pero aún se distingue mucho más por sus arrobas.

«Este es un académico, dijo un partidario suyo, que ha entrado en la Academia por la puerta grande.»



«Claro, repuso otro, como que por la chica no cabía.»

IMPRESA DE «GEDEÓN», MADRID



### EL LIBERAL-AÉREO-CLUB

GEDEÓN Á ROMANONES.—SÍ, SÍ. POR MUCHO QUE LE INFLE, YA VERÁ USTED CÓMO NO SUBE.